



MANGUEL, Alberto. *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza Editorial, S. A., 1998, 396 p. ISBN 84-206-4292-4.

**Reseña elaborada por:
JESÚS CARLOS JAIMES BAUTISTA**

El estudio de la práctica de la lectura y su historia ha ido adquiriendo mayor importancia en los últimos años en los campos de las Ciencias Sociales y de las Humanidades en general y particularmente en el de la Bibliotecología. Esto se debe a múltiples factores, entre los que se encuentra la sociedad de la información, dado que ésta supone un acceso a la información por parte de los individuos como nunca antes había sucedido. Este hecho sin precedentes hace obligada la reflexión crítica a cerca de cuál será el papel de los lectores en el futuro inmediato ante esta situación: o desarrollamos sólidos criterios de selección de la información, o sucumbimos pasados ante la inmensa magnitud de la misma. Así, la actualidad e importancia de este tema se encuentran plenamente justificadas y esperan sólo que los exploradores de la palabra escrita trabajen en su desarrollo; y entre éstos es menester reconocer al escritor argentino-canadiense, Alberto Manguel.

Pero a decir verdad, *Una historia de la lectura* como la de Manguel, en tanto que historia, es un caso perdido, entre otras cosas por las constantes referencias personales que el autor plasma en ella, pero sobre todo por su irrespetuosa y rebelde actitud ante el orden cronológico que toda historia que se precie de serlo, debe guardar. Prueba de ello son los saltos que da en el tiempo al hablar de algunos lectores modelo. De Diderot (1713-1784), por ejemplo, pasa a las damas de la corte japones del siglo XI para luego hablarnos de Sidonie Gabrielle Coette, la escritora francesa de nuestro siglo. De este modo, pese a los profundos conocimientos históricos del autor, la historicidad de la lectura no es el fuerte de este libro.

Pero no es ahí donde hay que buscar los tesoros de esta obra. En realidad, su valor reside en el hecho de poner en claro cuál es el papel del lector a lo largo de la historia de la lectura. Papel determinado en gran medida por el inmenso poder que ejerce al darle sentido a un sistema de signos para después descifrarlo o, dicho de otra manera, el poder de salvar al lenguaje del abismo en el que su solo uso lo coloca. Poder que levanta y tumba muros ya sea para protegernos de la alteridad o bien para acercarnos al otro y trascender así nuestra individualidad. Poder que permite salir del presente y empeñarnos en el rescate de nuestro pasado o bien en forjarnos un futuro a nuestra medida. Poder casi absoluto, limitado solamente por nuestras propias habilidades así como por los métodos con los que aprendemos a leer, mismos que, como dice Manguel,

“encarnan las convenciones de nuestra sociedad particular”. Poder de creación y recreación vital. Poder, finalmente, capaz de mostrarnos la proyección de nuestro propio ser, y que nos permite contribuir así en la constitución de nuestra identidad.

Ese es el tema principal del conjunto de ensayos, o mejor aún, de historias de lectores que, como buen narrador, el escritor argentino-canadiense nos ofrece en este libro. Pero la originalidad temática de la obra no es su único acierto. Merece especial atención la amenidad y sencillez con que se nos presentan esas historias, así como el buen gusto de interpolar ilustraciones que apuntalan didácticamente las reflexiones del autor. Por otro lado, si bien es cierto que las referencias personales no se adecuan a una historia de la lectura, también lo es que son de lo más oportunas para un conjunto de historias de lectores como éste.

Historias de lectores agrupadas en cuatro secciones. La primera de ellas, “La última página”, se compone de una historia testimonial exclusivamente: la del autor; misma que sirve de introducción y explica a su vez por qué ésta no es más que “una historia de la lectura, puesto que cualquier historia como ésa –*hecha a partir de intuiciones personales y circunstancias privadas*– ha de ser una entre muchas, por impersonal que se proponga ser”.

La segunda lleva por título “Lecturas”, y hace referencia al cómo, cuándo y dónde de esa práctica que, sin dejar de ser la misma, nunca es igual. Así lo demuestra la transición de la lectura en voz alta, predominante a lo largo de la antigüedad, a la lectura silenciosa de la que san Ambrosio (c. 340-397) fue uno de los pioneros; o la lectura de imágenes, que obliga al lector a tomar parte activa en la reconstrucción de la historia narrada iconográficamente; o bien la lectura privada, aquella que llevamos a cabo exclusivamente en nuestros espacios, en nuestro propio mundo.

Quizás la más aguda y reveladora de todas ellas, la tercera sección, pone de manifiesto cuáles son “Los poderes del lector”. Poderes que van más allá de la práctica misma e influyen de manera decisiva no sólo en nuestras acciones sino también en el desarrollo de nuestras vidas.

Finalmente la cuarta sección, de una sola historia como la primera. Historia que arropa y cobija dentro de sí una alabanza, una esperanza de preservación de la palabra escrita mediante “Las guardas del libro.”

Así pues, *Una historia de la lectura* es una obra recomendable no sólo para los estudiosos de la palabra oral y escrita, sino también para todo aquel que quiera comprender el papel que juega como lector cada vez que participa activamente en la apasionante práctica de la lectura.

